

guiente resolución aclaratoria de que el teatro es patrimonio pero no monumento nacional, cierran el volumen.

Por ninguna parte aparece la literatura de la región, ni la tradición oral, las historias de los barrios o las veredas, probablemente porque no serían firmas "importantes" las de sus autores. El diablo es un ángel rebelde que no come cuento a pesar de este sancocho anual. La deuda con la palabra propia sigue registrándose en la contabilidad del infierno. Nadie comió, ni yo tampoco.

SANTIAGO LONDOÑO V.

Cantos a la vida

Prosa

Amira de la Rosa

Fundación Simón y Lola Guberek, Bogotá, 1988, 206 págs.

Nos presenta este libro la prosa poética de Amira de La Rosa, barranquillera nacida a comienzos del siglo, cuando, sin lugar a dudas, el mar, al llegar a la tierra, se desvanecía en olas con otro ritmo, quizá con el mismo que tiene su voz. La lectura nos transporta irremediamente a otro tiempo, tiempo medido. *Prosa* trae una buena cantidad de escritos cortos, seleccionados y presentados por Germán Vargas para el número 27 de la Colección Literaria, que edita la Fundación Guberek.

En la primera parte, "Naturaleza emocional", las páginas son cánticos jocundos a la tierra, a la vida, a los ciclos; están salpicados de leyendas indígenas, historias de un lado y de otro, Colombia y España, de mitos o narraciones tomadas de los Libros Sagrados, o simplemente son recuerdos anecdóticos y nostalgias. Amira de la Rosa pasó un tiempo viviendo en España, en Sevilla y en Madrid, desde donde escribe este material. Lo digo porque se siente el trópico presente pero lejano, el mar Caribe ausente pero vivo, y es que ella ama la

vida: "¿Qué se hace para no pensar en la vida hermosa, para no sentir la poesía?". Algunos escritos son descriptivos de animales: colibríes, mariposas, ovejas locas, luciérnagas, flamencos; o pintan las plantas, los árboles, las flores: maizales, cocoteros, matarratones, acacias, trupillos, castaños de indias, y luego de delinearlos, a veces minuciosamente, ¿cómo son?, ¿cómo viven?, ¿para qué sirven?, cuenta alguna anécdota, donde en ocasiones ella entra a participar, se hace protagonista y establece diálogos:

—¿Y esa quebradura?

—Me la hice al caer del árbol

—¡Pobre!

—No me duele.

—¿No estás triste? Tu vida se acaba.

—No. Me renuevo en todas las primaveras. [pág. 78].



También encuentra cierta satisfacción en humanizar animales, plantas, objetos, trasponiendo los sentimientos:

Ya tiene, para mí, categoría de persona. Es un amigo íntimo, todo paz y promesa. Entiende mis pensamientos y mi conversación. Es mi interlocutor. Tenemos tanta confianza, que entra por las mañanas a mi despacho, con el sol nuevo, y juega con él a los claros y oscuros sobre mi mesa. Hay un momento en que yo no sé si lo que escribo son hojas o letras [pág. 49]

La preocupación de Amira de la Rosa parece ser el deleite por contar lo que siente, lo que ve, lo que en ella vibra, el proceso de la vida. Es, sin lugar a dudas, una observadora detallista, descubridora de lo aparentemente simple pero en profundidad muy rico, y con ello hace su poesía;

para ella, quizá cada instante de la vida fuera poético. El lenguaje de su prosa es preciso y variado, cada palabra ocupa el sitio que le corresponde y no otro para decir la emoción que tiene que decir. Su vocabulario es amplio, con ese sabor de otros tiempos, de otros ritmos, quizás de otro continente, el de la "madre Patria". Y en general sus trazos nos remiten a otra atmósfera, cuando las ciudades, como Caracas, a la que le canta, no tenían rascacielos y las calles estaban sembradas de árboles y pasaba uno que otro auto. No hay quejumbres, habla de vivencias, ella es solo sentimiento, no hay tragedias, ni amarulencia, las lucubraciones no le roban tiempo.

La segunda parte toma otro rumbo, a pesar de encontrarnos con los mismos sabores. "Girándula" es un nombre muy bien puesto, porque se siente que contiene una temática variada, sí, pero con el mismo acento. Aquí también nos cuenta anécdotas, donde de nuevo aparece ese gusto por la personificación; esta vez se trata de los objetos: un barco o un estante viejo, al que le han quitado sus libros:

Ahora advirtió que tenía heridas; sintió la punzada del vacío; el dolor de la carcoma; la vergüenza de los remiendos; el insulto de los clavos; el ridículo de la última pintura con que quisieron remozarlo. Halló escueto su regazo; mordió su soledad; tembló de frío; lo fustigó el pudor de su desnudez anciana; y se rindió sin hacer ruido, con mansa resignación, miedoso de ofender a la carcoma que quedaba sin hogar, [pág. 149].

También se ocupa de los procesos, de la descripción detallada de cómo funciona un horno de carbón, de cómo se hace un bollo de yuca, o una olla de barro de Malambo. Describe imágenes, o estampas, habla de mitos, recuerdos o visiones; en otras palabras, da rienda suelta a sus deseos de escribir, de hacer poesía observando el paso de la vida.

Es como si Amira de la Rosa lo supiera, lo conociera todo, la palabra precisa, el nombre de cada elemento, de cada movimiento, de cada acción,

trátase de barcos, de toros, de organismos de la naturaleza; como si tuviera un Larousse adentro. Y lo hace con deleite y con donosura, porque tal vez en esa precisión ella encuentra el gran placer de escribir. Los párrafos son cortos, y también las frases; lo hace sin ningún temor; ella no tiene dudas. Sus preocupaciones son la belleza, la armonía; así se va dejando ir tras el ritmo de las palabras con sus pensamientos encadenados; sus ocupaciones, una trae otra, son sus opiniones. Hay textos bonitos, tiernos, amorosos; hay otros que producen emociones planas; a veces todo se vuelve lo mismo— sin serlo, por supuesto porque hay variedad—, pero el (la) lector(a), que lee por el solo goce de leer, se cansa a pesar de la diversidad de tonos y colores, de retratos, del rico lenguaje. Es que las emociones esperadas sin ser prometidas se quedan suspendidas en la belleza y nada patalea adentro de nosotros mismos.

DORA CECILIA RAMÍREZ

Silencio de palabras, de deseos y de pensamientos

La chispa de la vida

Hernando Molina Gracia

Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1988, 250 págs.

Me pregunto a veces, consternada, cuál será el criterio al que se ciñen algunas editoriales para escoger los libros que han de publicar. Si nos atenemos a lo que dice Juan Gustavo Cobo Borda sobre la nueva narrativa de nuestro país, en su ensayo "La narrativa colombiana después de García Márquez: visión a vuelo de pájaro", "los signos son promisorios"¹. Según por donde la tomemos, esta afirmación puede ser cierta. En los últimos tiempos, la narrativa colombiana (post-Gabo) ha tenido lo que se podría calificar de *boom*, con

la aparición casi diaria de escritores que hacen incursiones de primera, segunda o tercera categoría en el arte de la literatura. Por supuesto, estas incursiones son de celebrar, ya que significan que, cuando menos, el volumen de producción va en aumento.



Muchas editoriales se han dedicado a publicar colecciones de literatura colombiana o a darles cabida en su presupuesto a figuras inéditas de las letras que, como poco, merecen la oportunidad de ser leídas. Claro está que, como siempre, es el público lector el que tiene la última palabra en lo que se refiere a glorificar o condenar un libro. Si, por un lado, tenemos en cuenta que Colombia pretende convertirse en el centro de la industria editorial en Hispanoamérica y, por otro, pensamos en lo que Cobo Borda trae a colación, en el ensayo antes mencionado, referente a que las condiciones de tensión que vive actualmente nuestro país son propicias para la creación, nos aunamos a lo que piensa el crítico y con él creemos que "la respuesta creativa de [...] los narradores colombianos merece nuestra atención crítica y entusiasta"². Sin embargo, no creo que el entusiasmo por apoyar nuestra literatura deba cegar a los consejos editoriales y llevarlos a infligirle al muchas veces desprevenido público "obras" que nada hacen por el bien ni de las editoriales mismas, ni de la literatura colombiana en general, ni de aquellos que en gesto de solidaridad se

lanzan a comprar libros que aparecen en colecciones que promocionan nuestra literatura. No es justo que, con base en criterios entusiastas y que poco tienen que ver con la calidad, se publiquen libros mediocres que, entre otras cosas, les roban la oportunidad de ser conocidos a otros escritores cuya calidad al menos merece ser juzgada por el público. Libros como *la chispa de la vida* de Hernando Molina Gracia harían mejor si permanecieran inéditas. Su pobreza absoluta en todos los órdenes es una ofensa para los escritores que diariamente se esfuerzan por producir un arte que no necesita, para llamar la atención, valerse de triquiñuelas sensacionalistas y de temas en boga. Mientras se sigan publicando obras del talante de *La chispa de la vida*, el público se verá forzado a sumergirse en la televisión, ya que ésta trata temas similares que no implican el esfuerzo que para muchos significa comprar y leer un libro.

La chispa de la vida es una narración de 250 páginas sobre las peripecias de tres caballeros modernos cuyo fin en la vida es conseguir plata, y que se valen de todos los medios para lograr tal fin. Por más que Molina Gracia intente buscar justificaciones superficiales y seudopsicológicas para la conducta de sus personajes en dramas y conflictos telenovelescos, no es posible situar en otra parte, el punto de mayor tensión de la pretendida novela. Como ingrediente para atrapar incautos y quizá para que entre los lectores y los seres de cartón que deambulan por las 250 páginas se establezca algún tipo de identificación, el autor apela a elementos que, dada nuestra crisis actual, podrían resultar bastante atractivos. En primera instancia las similitudes entre Colombia y Cristóbal resultan tan evidentes, que no es posible dejar de pensar que son el denso producto de una mente que pretende ser alegórica

¹ Juan Gustavo Cobo Borda, "La narrativa colombiana después de García Márquez", en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, Biblioteca Luis-Angel Arango, vol. XXV, núm. 14, 1988, pág. 19.

² *Ibid.*